


LA ÚLTIMA NOTA DE MI ABUELO

José Galindo Gómez*



Son lágrimas en los ojos llegué a la residencia y me dirigí a la habitación de mi abuelo. Varias personas me vieron entrar, pero no me dijeron nada al ver que yo estaba afligido, llorando.

Estuve paseando por la habitación de mi abuelo un buen rato, desde la ventana a la puerta, ida y vuelta, una y otra vez. Súbitamente, sonó el teléfono en mi bolsillo. Al ir a cogerlo, se me escurrió de las manos y cayó al suelo. Me agaché para cogerlo y, sorpresivamente,

vi un papel doblado junto a la pata de la cama. Me tiré al suelo y lo cogí con curiosidad. Por fuera tenía escrito solo dos palabras con la inconfundible letra cursiva de mi abuelo: «Para Claudio».

Me puse en pie y las piernas me flojearon. Me senté en la cama y lentamente fui desdoblado el papel. Sentía una mezcla de sentimientos contradictorios. Quería saber lo que ponía aquella nota, pero a la vez, algo me decía que no sería bueno. El folio estaba casi en blanco. Solo unas pocas letras, también con la letra de mi abuelo, decían literalmente lo siguiente:

“Querido Claudio, me voy para alimentar a los Gyps fulvus y para abonar el bosque.

N.M.B. T.Q. – Tu abuelo”.

Leí la nota varias veces sin entender bien su significado. No era raro que mi abuelo escribiera notas para él mismo o para los demás, pero aquella nota era realmente extra-

ña. ¿Gyps fulvus? ¿Abonar el bosque? ¿Qué significaban todas esas siglas? Estaba confuso. Mi abuelo había tenido un huerto años atrás y siempre lo abonaba cuidadosamente con compost¹ que él mismo fabricaba con la basura, pero era absurdo abonar el bosque. Definitivamente, mi abuelo tenía Alzheimer y yo no había querido darme cuenta. Si me hubiera dado cuenta antes, un tratamiento adecuado hubiera evitado su desaparición. Ese pensamiento me estaba torturando cuando miré la pantalla de mi teléfono y vi la llamada perdida del inspector.

Iba a devolverle la llamada pero primero busqué en Internet Gyps fulvus. Y entonces, lo entendí todo, y volví a llorar, tal vez ahora con algo más de alegría.

Mi teléfono volvió a sonar. El inspector insistía en hablar conmigo y yo ahora sí contesté la llamada. Sin esperar mi saludo, el inspector se puso a hablar:

—¿Claudio? Lo siento mucho, la búsqueda ha sido infructuosa. Me comunican que no podemos dedicar a esto más tiempo. Hay un niño desaparecido a cien kilómetros y se llevan todos los efectivos allí. Siento mucho no poder hacer más. Espero que lo comprenda y que no me guarde rencor.

—Tranquilo, lo comprendo. No se preocupe.

—¿Lo comprende? ¿En serio? Pensé que se enfadaría conmigo como ocurrió antes.

—Quiero disculparme por las voces que le he pegado hace un rato. No tenía derecho a hacerlo. Usted está haciendo su trabajo y lo hace muy bien. Ruego que me disculpe.

—Entonces, ¿entiende ahora que no busquemos a su abuelo por las partes altas de las montañas?

—Sí, por supuesto, mi abuelo no tenía fuerzas para subir a esos riscos, tan alto. Es una tontería buscar por allí.



Entiendo que dediquen los efectivos a buscar al niño y espero que aparezca. Mi abuelo era una persona muy mayor y seguramente tendría Alzheimer. Tengo que aceptarlo.

Mi voz estaba entrecortada de emoción, pero el tono de voz del inspector reflejaba que estaba muy sorprendido de mi cambio de actitud. No solo estaba yo aceptando que mi abuelo tuviera Alzheimer, sino que aceptaba que no lo buscaran más, ni por las cimas de las montañas ni por los bosques. Él no lo entendía, pero todo tenía su explicación.

Gyps fulvus es el nombre científico del buitre leonado. Mi abuelo me lo había repetido cientos de veces, pero yo

nunca quise retener eso en mi memoria. Ahora la nota tenía sentido. Iba a alimentar a los buitres leonados y a abonar el bosque con su cuerpo. Mi abuelo quería morir en las montañas para que su cuerpo formara parte del ciclo de la vida. A él no le gustaban los cementerios.

Alguna vez, hace ya algunos años, me había contado lo absurdo que es usar un ataúd para ser enterrado. "Si todo el mundo se enterrara en ataúdes de madera, nos quedaríamos sin árboles", decía. Él quería un funeral ecológico², respetuoso con la naturaleza en todo. Según él, deberíamos enterrarnos solo con una mortaja de tela y aprovechar algún lugar de los bosques, o incluso arrojar los cuerpos en medio del mar. Él no quería ser incinerado, pues es una forma de contaminar más incluso después de muerto.

Para mi abuelo lo más ecológico es dejar que tu cuerpo sea el alimento de otros animales, como los buitres, pero en este país todo eso está prohibido. Es obligatorio que cada muerto tenga su ataúd. Mi abuelo siempre fue un rebelde y hasta el último día de su vida tuvo que saltarse las normas que no le gustaban.

Por supuesto, yo no iba a contrariar la última voluntad de mi abuelo. En su nota lo dejaba muy claro: "N.M.B.", es decir, "No Me Busques". Obviamente, el "T.Q." significa siempre "Te Quiero". Así pues, dejé que la policía desmontara el dispositivo de búsqueda y en pocos días ya todo el mundo se había olvidado de mi abuelo. Todos menos yo, que lo recuerdo cada vez que miro a las montañas y cada vez que veo el imponente vuelo de algún buitre ■

*José Galindo Gómez es escritor, autor de *Relatos Ecoanimalistas* (Europa Ediciones) donde se recoge, entre otras, esta historia que publicamos en la revista *Ecologista*. historiasincontables.wordpress.com

- 1 <https://blogsostenible.wordpress.com/2011/08/22/el-compost-de-aguas-residuales-es-toxico-no-fertilizante-ecologico-produce-tu-propio-compost-ecologico/>
- 2 <https://blogsostenible.wordpress.com/2012/10/06/el-funeral-mas-ecologico-es-el-mas-simple-y-sin-coste/>